

Tabla de contenido

Disfruta la lectura.....	
1. Selva y Deseo en Chiapas	1
2. El príncipe encantador	9
3. El turno nocturno	19
4. Poses prohibidas	29
5. Los tres cuartos	39
6. Recuerdo de Mexico	49
7. Rallye muy sexy	59
8. Alta traición	73
9. La jaula	85
10. El precio del silencio	107
11. Tormenta bajo los trópicos	115
12. On Business	129
13. Los riesgos del oficio	143
14. Mi lado zorra	155
15. La deuda (Nyotaimori).....	175

7. Rallye muy sexy

— *Por Antoine Vrgas*

Hola, mi amor. Como puedes ver, hoy no estoy en casa... y no es un día cualquiera. Para celebrar nuestro décimo aniversario de conocernos, decidí regalarte algo muy, muy picante... Un rallye sexy.

Primero que nada, te sugiero que te sirvas una copita de lo que más te guste para relajarte, porque lo que viene será intenso. Tu aventura comienza a las 7 de la noche, ni un minuto antes. Y empieza justo aquí. Debajo de la cama hay una cajita de metal con un sobre dentro. Te invito a leerlo para descubrir tus próximas instrucciones.

Después de llegar a casa con la misma flojera de los últimos días, Francisco se activó de inmediato al leer la nota que Valentina había dejado sobre la encimera de la cocina. Fue como un electroshock tras una jornada eterna en la oficina. El mensajito de su amada acababa de devolverle una energía electrizante. Las últimas semanas habían sido agotadoras. Pasaba las noches en el trabajo, atascado en un proyecto importante. Valentina, dejada de lado últimamente, claramente había decidido prenderle fuego a la rutina para reavivar la llama en su hombre.

Subió las escaleras con apuro, olvidándose del trago. Se agachó y sacó la caja metálica de su escondite bajo la cama. La puso sobre las sábanas y la abrió de inmediato. Rompió el sobre, aunque no sin notar un pequeño objeto al fondo que llamó su atención.

Bravo, mi amor. Estás en la primera etapa de un recorrido que, espero, despierte todos tus sentidos... y tu hambre de aventura. A esta hora, si miras hacia la entrada de la casa, notarás que tu coche ya no está. Así es: tendrás que usar el mío. Un segundo juego de llaves está dentro de la caja.

Francisco corrió hacia la ventana. Era cierto. Su coche ya no estaba. ¿Cómo lo había...? No importaba. Volvió al mensaje, el corazón martillándole el pecho.

Seguramente estás intrigado por el pequeño objeto azul. Si eres paciente, tal vez descubras para qué sirve... para explorar una parte de mí que hasta ahora ha estado fuera de límites. Pero primero, date una ducha y ponte ropa adecuada. Después, tienes que pasar por la ferretería del centro comercial cercano. Ahí te espera una bolsa a tu nombre.

Hasta pronto...

Con la mente llena de imágenes sugerentes, el afortunado esposo de Valentina se metió a la ducha. Aprovechó para afeitarse el exceso de vello alrededor de su sexo. Su miembro, firme y apuntando al cielo, lo obligó a deslizar la mano enjabonada con tentación. Estuvo a punto de perder el control. Detuvo sus movimientos justo cuando sintió la savia a punto de brotar.

Salió de casa vestido todo de negro, con la cajita en mano, y tomó el coche de Valentina rumbo a la ferretería. Iba como un adolescente a punto de tener su primera vez. Ya adentro, se dirigió a una joven cajera.

— ¿Usted es Francisco, supongo? —preguntó la chica con una sonrisa traviesa.

Ella abrió un cajón enorme y sacó una bolsa con los colores del local. Francisco la tomó, echó un vistazo rápido y salió casi corriendo hacia el coche. Dentro del auto, sacó lo que parecía un par de correas para montar una bicicleta. Intrigado, las volvió a guardar y metió la mano en busca del tercer sobre.

Amor mío, seguro tienes mil preguntas, ¿verdad? No pienses demasiado. Apenas estás comenzando. Ahora, ve a la tienda erótica donde compramos algunas cositas tiempo atrás. Ahí te esperan nuevas instrucciones... y más sorpresas.

¡Nos vemos pronto!

Francisco estaba alucinado. ¡Cuánto tiempo sin que él y Valentina se regalaran un poco de picante! Hacía siglos que no compartían un momento íntimo de verdad. Y ahora, su amada estaba echando toda la botella de chile habanero. “Está en llamas”, pensó mientras manejaba hacia la boutique señalada en la nota. Todo parecía demasiado bueno para ser cierto.

Recogió una bolsa de papel en la caja y volvió al coche a paso apresurado. Una llovizna envolvía la ciudad, empapando todo a su paso. Sacó de la bolsa una botella de aceite para masajes y una caja de condones japoneses ultrafinos. El frasco tenía un diseño elegante, con una etiqueta que hablaba de pureza y calidad. Lo que realmente lo desconcertó fue la caja de preservativos. Después de diez años juntos, era raro que usaran condones.

“Rápido, el otro sobre”, pensó. No podía aguantar más. El juego lo excitaba tanto que ni se dio cuenta de la multa que alguien del tránsito había dejado en el parabrisas por haberse estacionado frente a una boca de incendio. Unos minutos extra en la fila y ¡zas! Pero qué importaba... esa noche no tenía precio.

Mi hombre hermoso, ¿la tensión va en aumento? ¿Sigo? Apuesto que sí. Entonces, vuelve a casa. Sí, así como lo lees. Me olvidé de dejarte un accesorio esencial para nuestra noche especial. Te está esperando una bolsa negra en el clóset de la habitación.

Un pequeño sentimiento de frustración invadió a Francisco: volver sobre sus pasos se sentía como un retroceso, no como un avance. Pero la anticipación de una noche llena de fuegos artificiales pronto le devolvió el entusiasmo inicial. Subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al clóset. La bolsa negra colgaba de una percha, tal como Valentina había descrito. Su contenido lo dejó boquiabierto, pero Francisco sólo tenía ojos para el sobre. Lo tomó y dejó la bolsa sobre la cama.

Has llegado al momento de la verdad. Te invito a buscarme en un lugar muy especial. Dirígete al número 3777 de la vía de servicio de la Autopista 25 de Mayo. Estoy en el número siete. Solo tienes que seguir el mapa al reverso de esta nota.

¡No tardes! Te espero con muchísima impaciencia.

Francisco tomó la bolsa negra, bastante pesada, y salió siguiendo las indicaciones de Valentina. Ya casi anochecía y la llovizna se había transformado en una lluvia persistente. El trayecto era más largo de lo que esperaba y lo llevó a salir del centro. Cuanto más avanzaba, menos entendía. Tomó la Autopista 25 de Mayo rumbo a las afueras de Buenos Aires, zigzagueando entre los autos con la agilidad de un conductor motivado.

En el lugar indicado, tomó una salida lateral y siguió por la vía paralela. Bajo un enorme letrero amarillo y rojo que anunciaba un motel, distinguió claramente el número 3777. Así era: el lugar descrito en la carta existía, y era efectivamente un motel. Giró a la derecha en el estacionamiento, con un alivio repentino. Reconoció su propio coche y se estacionó justo frente a la puerta número siete. Salió de inmediato, cubriéndose la cabeza con las bolsas. Al llegar frente a la puerta roja, lo invadió una mezcla de excitación, curiosidad... y algo parecido al miedo. El lugar era lúgubre, mucho más de lo que había imaginado.

Tocó la puerta y creyó oír una voz, pese al ruido del agua cayendo del techo. No estaba cerrada con llave. La abrió y entró. Estaba completamente oscuro. Un olor a humedad flotaba en el ambiente. Dejó los paquetes y caminó a tientas buscando el interruptor.

No había dado ni tres pasos cuando la luz se encendió.

— Hola, mi amor —dijo Valentina con voz seductora.

Estaba recostada sobre una de las dos camas dobles de la vieja habitación de motel. Tenía las piernas bien abiertas en una pose más que sugerente. El espectáculo superaba las fantasías de Francisco, que de inmediato olvidó lo deprimente de las paredes revestidas de laminado color café. Su esposa vestía un corset negro, medias de red sujetadas por ligeros y largos guantes de satén también negros. La blancura de su piel resaltaba con fuerza bajo ese atuendo.

— ¿Podrías instalar la cámara en el trípode que dejé dentro de la bolsa negra? —pidió la amante de melena rojiza y espesa.

Todavía atónito, Francisco tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente obedeció y se aseguró de encuadrar bien a su bella esposa recostada sobre la cama. Una vez hechos los ajustes,

Valentina le pidió que se sentara en la otra cama. Le ofreció una copa de vino y puso música con un altavoz portátil que había robado de la cocina de casa.

Francisco obedeció y se recostó, apoyando la espalda contra el cabezal. Miraba a su mujer como si la viera por primera vez. De pies a cabeza, no había dejado nada al azar. Su mirada era nueva, distinta: veía a una mujer completamente alejada de la esposa cotidiana. Incluso su silueta, realzada por el corset de encaje, transformaba a Valentina en una criatura distinta.

Después de elegir la pista adecuada en el reproductor, Valentina se acercó, se arrodilló sobre él, colocando una rodilla a cada lado de su cuerpo. Se inclinó y desabrochó su camisa, rozándole el pecho con los labios. Francisco cerró los ojos y aspiró la fragancia embriagadora que ella había elegido para la ocasión. Le descubrió el torso y luego repitió el juego con el pantalón.

Su víctima estaba ahora solo en calzoncillos blancos. Con un movimiento felino, Valentina se deslizó hacia ese último obstáculo que la separaba del sexo de su hombre, cuya punta ya buscaba escapar desesperadamente. Empezó a mordisquearlo a través de la tela tensa. Francisco lamentó entonces haberse acariciado en la ducha: el placer subía tan rápido que temía correrse antes del gran espectáculo. El temor lo invadió al ver que su verduga seguía dedicándose a liberar su verga con toda tranquilidad.

Completamente desnudo, Francisco observaba cómo su mujer se movía con lentitud al ritmo de la música. Se acercó de nuevo a escasos centímetros de su miembro, ahora completamente erecto y de un tono rosa intenso, y sopló con suavidad sobre la piel tensa. Luego sacó la lengua y empezó a jugar con la punta. Después de varios segundos de tortura dulce, lo hizo desaparecer en su boca, arrancando un largo suspiro de placer en Francisco. El calor

envolvente sobre su sexo lo hacía olvidar por completo el aire frío de la habitación.

Pero apenas comenzaba a saborear el placer cuando, de forma repentina, Francisco tomó la cabeza de Valentina para frenar sus movimientos.

— Voy a correrme si sigues así —le dijo, jadeando.

Valentina se incorporó, apartó su cabellera del rostro y le sonrió. Luego se dirigió a la bolsa negra y sacó el juego de correas rojas. Francisco comprendió que su suplicio apenas empezaba. Se dejó llevar, dispuesto a jugar el juego, y permitió que lo atara. Valentina se encargó de sujetar bien sus muñecas a los barrotes del cabecero de la cama usando los mecanismos de las correas.

Se inclinó sobre el sexo de su prisionero y lo besó. Francisco volvió a gemir. Entonces, Valentina se alejó un paso y se recostó en la otra cama, echando la cabeza hacia atrás y abriendo las piernas.

— Yan, puedes salir —dijo, mirando hacia el baño.

Francisco dio un respingo al ver surgir de la penumbra a un hombre de unos veintitantos años, torso desnudo, vistiendo solo unos pantalones blancos ligeros. El esposo de Valentina estaba estupefacto. Pudo notar con claridad, a través del fino tejido blanco, el estado del joven... y prever lo que venía.

— ¿Te acuerdas de Yan, el masajista del spa al que vamos?
¿No? Bueno, te lo presento. Tiene un toque increíblemente suave... cada vez que me da un masaje me deja empapada.
Pero esa... esa es otra historia.

Valentina hablaba mirando a Francisco, pero con los ojos clavados en el joven. Le hizo una seña para que se acercara, lo tomó de la